

JESUS TRAICIONADO POR LOS SUYOS

Judas había acompañado a Jesús durante todo su ministerio público, pero durante este período de enseñanza y formación no se preocupó de aprender la manera de hacerse útil a los demás. Judas era un egoísta. También era un avaro. Tenía el instinto del lucro y confiaba que sirviendo al Maestro podría conseguir un puesto importante.

A medida que la doctrina de Cristo iba desarrollándose y se manifestaba su caridad, su humildad, su amor por los pobres, Judas parecía cada vez más alicaído. Y cuando, por

265

fin, Jesús habló de lo que iba a suceder, creyó Judas que hacía falta intervenir rápidamente.

Se presentó una buena ocasión que permitió a Judas lograr su propósito. Era el día siguiente del convite de Betania, en el que Jesús había salido en defensa de María contra los que se quejaban de la pérdida del perfume valioso que ella había derramado a los pies del Maestro.

Judas se había enterado que los príncipes de los sacerdotes tenían que reunirse para deshacerse de Cristo. Todos coincidían en que su muerte era necesaria, y que hacía falta hacerle desaparecer aún antes de la Pascua, pero también opinaban que era expuesto actuar a plena luz. Fue entonces cuando llegó Judas, uno de los Doce, para hacer un trato con ellos. La ocasión era demasiado tentadora para que los enemigos de Jesús no la aprovecharan. Prometió él entregarles a Jesús en la primera ocasión. Era lo que ellos buscaban. Le ofrecieron treinta monedas de plata, como paga de esta sacrílega traición y el pacto quedó concluido. Judas volvió donde Cristo y los apóstoles.

LA ULTIMA CENA

Cuando Judas dejó el cenáculo, pareció como que el corazón de Jesús quedase aliviado de una gran pena. Habló de la gloria que vendría. Su Pasión dolorosa daría gloria al Padre y rescataría a la humanidad; su Padre le glorificaría en la Resurrección y Asunción, que seguirían a los tormentos del Viernes Santo. La justicia, la bondad y la misericordia del Padre se manifestarían.

Había llegado el momento de cumplir la promesa hecha en Cafarnaúm. Darles de beber su sangre y de comer su cuerpo.

Y mientras estaban todavía sentados en la mesa, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a los apóstoles diciendo: «Tomad y comed; éste es mi cuerpo que será entregado para muchos. Haced esto en mi memoria.» Y tomando el cáliz, dio gracias y se lo dio diciendo: «Bebed todos, porque ésta es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza que será derramada por muchos en remedio de los pecados.»

Después que hubieron comulgado, Jesús siguió hablando. Su corazón se desbordaba en amor e inquietud. Les llamó «hijitos». Y les dijo: «Hijitos míos, estoy todavía un poco con vosotros. Me buscaréis, pero a donde Yo voy vosotros no podéis venir.» Luego escucharon el gran mandamiento del amor: «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros, como Yo os he amado. Es en el amor que os tendréis los unos a los otros cómo reconocerán que sois mis discípulos.»

Pedro estaba intrigado por saber a dónde iría él, sin que le pudieran seguir. Le preguntó: «Señor, ¿a dónde vas?»

«A donde Yo voy no puedes seguirme ahora, me seguirás después.»

Pedro no sabía esperar. Quería seguir a Jesús ya ahora. «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por Ti.»





La Última Cena

Pedro era sincero, y amaba lo bastante a Jesús para dar su vida por Él, pero no tenía todavía la seguridad de alma necesaria.

Jesús sabía lo que iba a suceder en las horas siguientes. Le dijo: «¿Darás tu vida por Mí? De veras, de veras te digo que no cantará el gallo sin que me hayas renegado tres veces.» Luego añadió: «Simón, Simón, mira: Satanás ha reclamado para sí cribaros como trigo; pero Yo he rogado por tí para que no falte tu fe. Y tú, cuando vuelvas, refuerza a tus hermanos.»

Pedro no podía imaginarse que fuese capaz de traicionar a su Maestro. Por esto dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir hasta la cárcel y a la muerte.»

Jesús no creyó oportuno discutir con Pedro, pero le dijo severamente: «Te digo que no cantará hoy el gallo sin que niegues tres veces que me conoces.»

El anuncio de la negación de Pedro había dejado aplastados a los otros apóstoles: ¿qué iban a hacer ellos? Nuestro Señor procuró darles ánimos y apartar sus temores. «No se inquieten vuestros corazones», les dijo. «Creed en Mí. En casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no, os lo diría: porque voy a prepararos sitio. Y cuando vaya y os prepare sitio, vendré otra vez y os llevaré conmigo: para que donde estoy Yo también estéis vosotros. Y adonde voy Yo sabéis el camino.»

Tomás le interrumpió diciendo: «Señor, no sabemos dónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino?»

Las palabras que respondió Jesús para contestar a esta pregunta de Tomás muestran a todas las almas el camino del cielo. Con una majestad, sólo posible en Dios, contestó Jesús gravemente: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí. Si me conocéis, también conoceréis a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le veis.»

que me amaste esté en ellos, y Yo también en ellos.»

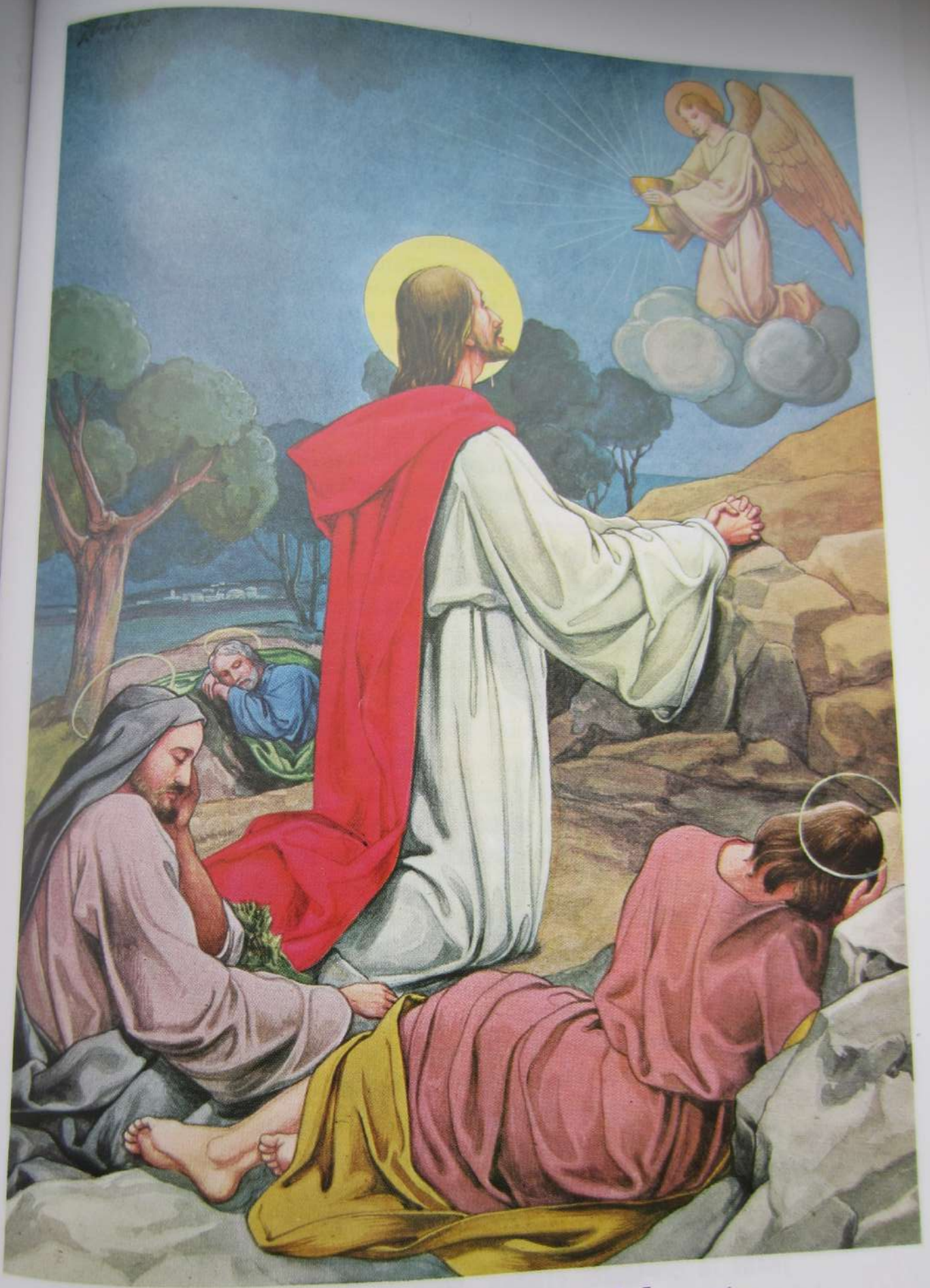
AGONIA DE CRISTO EN EL HUERTO

Cuando Jesús y sus apóstoles abandonaron el cenáculo, las tinieblas habían caído sobre Jerusalén, pero la luna llena brillaba, iluminando el valle dominado por la noche. Franquearon la puerta de la ciudad, bajaron por una pronunciada pendiente, al pie atravesaron un pequeño puente que unían las dos laderas de Cedrón.

Del otro lado del torrente Cedrón, por una senda estrecha, subieron hasta el huerto de Getsemaní. Jesús se paró a la entrada del huerto y rogó a ocho de los apóstoles que le aguardaran allí. Les pidió que oraran para no caer en la tentación. Tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan, siguió adelante, y de repente invadido por la tristeza y el miedo les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí, orad y velad conmigo.»

Jesús dejó entonces a los apóstoles y se alejó como un tiro de piedra. Se arrodilló, solo en el silencio de la noche. La cabeza sobre el suelo, gritó en su angustia. «Padre, si es posible, que pase de Mí este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Los sufrimientos que Jesús iba a pasar eran muy superiores a los que puede soportar un hombre normal. Aun en este momento terrible, quería ante todo que se cumpliera la voluntad de su Padre; pero la proximidad de todos esos sufrimientos, cuyo detalle conocía perfectamente, le hizo proferir este grito de angustia.

Cuando se levantó, se volvió hacia los tres apóstoles. Se apenó mucho porque los halló dormidos. «Simón, ¿duer-



Agonía de Cristo en el huerto

mes?», dijo. «¿No pudiste velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu está presto, pero la carne es débil.»

Y volvió al sitio donde antes había estado arrodillado y oró de nuevo por segunda vez. «Padre, si este cáliz no puede pasar sin que lo beba, hágase tu voluntad.»

Cuando regresó hacia los apóstoles predilectos, vio que sus ojos estaban llenos de sueño. Tenían vergüenza de aquello y no sabían qué decir. Les dejó y volvió, por tercera vez, a orar. Dirigió las mismas palabras al Padre. Entonces los sufrimientos de la pasión se le presentaron con todo su horror. En ese momento la carga de los pecados que se cometerían en todo el mundo, a través de los años, cayó sobre su alma inocente. Aceptó cargar con todo. Se hizo culpable por todos los pecadores. Presintió también los sufrimientos físicos que iba a experimentar, la vergüenza de tanta humillación, y, sobre todo, la indiferencia y la ingratitud de tantos que se perderían a pesar de sus dolores. Estos sufrimientos invadieron su alma con tal fuerza que Lucas nos dice que sufrió angustias de agonía y torturas de un hombre que siente que la vida se le escapa. Pero oró más largamente y con más ardor. Esta lucha fue tan intensa que un sudor de sangre cubrió su cuerpo y se desbordó hasta el suelo.

Su Padre celestial le envió un ángel, no para anunciarle que el cáliz de la pasión no sería para Él, sino para darle ánimos y beberlo hasta el final. Jesús quedó fortalecido. Ya no temía los sufrimientos inminentes. Se levantó, fue al encuentro de sus apóstoles y les dijo. «Dormid y descansad. Está próxima la hora en la que el Hijo del Hombre será librado en manos de los pecadores. Levantaros, vamos. El que me va a traicionar está cerca.»

Judas, acompañado de los guardias del templo y de un destacamento de soldados romanos con antorchas encendidas, espadas y palos, llegaba a la puerta del huerto. El traidor les había dicho que conocerían a Jesús por el beso que le daría. Judas se le acercó y le dijo. «Salve, Maestro.» Y le besó.

Jesús le contestó. «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Luego, sabiendo lo que iba a suceder, se presentó a sus enemigos y les preguntó. «¿A quién buscáis?»

«A Jesús de Nazaret» contestaron.

Les dijo. «Soy Yo». Al oír estas palabras, espantados, cayeron al suelo.

Preguntó de nuevo. «¿A quién buscáis?»

Dijeron. «A Jesús de Nazaret.»

Jesús replicó. «Ya os lo he dicho, soy Yo.» Y señalando a los apóstoles añadió, «Si me buscáis a Mí, dejad que éstos se vayan.»

Sus apóstoles, turbados, le preguntaron: «Señor, ¿damos con la espada?» Pedro sin aguardar respuesta sacó la suya y cortó la oreja de Malco, criado del sumo sacerdote.

Jesús le ordenó: «Mete la espada en la vaina», y curó a Malco. Luego, dirigiéndose a Pedro dijo: «Los que emplean la espada, morirán a espada. ¿No voy a beber el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿O crees que no puedo invocar a mi Padre y me mandaría en seguida más de doce legiones de ángeles? Pero ¿cómo se cumplirían las Escrituras según las cuales tiene que ser así?»

Luego, con tono severo, dijo al populacho: «Como a un ladrón salisteis a prenderme con espadas y palos. Día tras día me senté en el templo a enseñar, y no me detuvisteis. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.»

Entonces los guardias se adelantaron, pusieron sus manos sobre Él y le ataron con una cuerda. Cuando los apóstoles vieron cómo le prendían, igual que a un criminal, se quedaron espantados. Y huyeron del huerto, abandonando al Maestro, como a una víctima en medio de sus enemigos.